

filosófico, al cual por un instante habían rendido todos homenaje, evocaban el antiguo genio alemán. Principalmente la juventud se mostraba llena de ardor y reanimaba en los escritos la idea de la nacionalidad alemana con el deseo de borrar la afrenta hecha al Austria y á todo el cuerpo germánico. Era el centro de aquel entusiasmo Luisa Augusta, mujer del rey de Prusia, adorada de su marido y de toda la nación, y dama de la caballería universitaria, mujer que infundía sentimiento y animación á la política material de Prusia. Las sátiras que Napoleón hacía insertar en sus periódicos contra los príncipes alemanes, el Austria y la Rusia, hacían mas profundo aquel resentimiento nacional, y mucho mas se vió este excitado cuando Napoleón hizo prender súbitamente en ciudades libres á seis libreros porque habían expendido escritos patrióticos, mandándolos juzgar por comisiones militares que los condenaron á muerte, ejecutando la sentencia en uno de ellos y conmutándola respecto de los otros en penas infamantes. Un grito de indignación estremeció toda la Alemania, y ni aun Federico Guillermo pudo abstenerse de apelar á las armas; pero si los soldados respiraban ardiente patriotismo y estaban animados de la confianza que les daban las antiguas victorias, en cambio no quedaban mas que generales viejos de la escuela clásica. Solo el septuagenario duque de Brunswick-Oels, que había combatido en la guerra de Silesia, conservaba firme su cabeza en un cuerpo robusto.

Estalló, pues, de nuevo la guerra: sin embargo, el rey de Prusia no pedía sino que los Franceses se retirasen de Alemania, ocupada sin razón, y no traspasasen las fronteras del Rhin segun habían prometido en los tratados; mas Napoleón tenía un ejército ambicioso de victorias; tenía también parientes y generales que esperaban tronos, y la escasez de su Erario no era para él obstáculo, pues que pensaba que vieran sus ejércitos á expensas de Alemania. Por tanto dijo en una proclama (octubre de 1806):

« Yo no he provocado á los Prusianos; ellos son los que me intiman que retroceda hasta el lado de acá del Rhin; yo que soy testarudo no cedo tan fácilmente. Franceses, secundad los esfuerzos de vuestro emperador para romper la columna de Rosbach. »

Octul re.

El emperador de Rusia, á quien rodeaban consejeros jóvenes y animaban sentimientos generosos, miraba como tiranos á Pablo y á Catalina, como inicuo el repartimiento de Polonia, como impolítica la guerra contra Francia, como deber suyo el impedir que Francia é Inglaterra traspasaran los límites de la justicia, y el obligarlas á respetar las nacionalidades. Por esto había tomado las armas la primera vez, y no quería confesar que había sido derrotado, diciendo tan solo que había sido abandonado por los Austríacos. Reunido á la sazón con Prusia, dispuso un nuevo ataque, confiando en que también Austria saldría de su envilecimiento, tanto mas cuanto que comenzaba á dirigir los negocios de

aquel país el príncipe de Metternich, hombre pertinaz en sus propósitos.

Los Prusianos sin esperar á los Rusos salieron á campaña, uniéndoseles Hesse y Sajonia, y presentándose, sin embargo, muy inferiores á Napoleón tanto en número como en union de voluntades. Después de varios encuentros se dió en las llanuras de Jena una gran batalla decisiva, donde cuarenta y cuatro mil Prusianos fueron vencidos por cincuenta y cuatro mil Franceses, quedando vengada la derrota sufrida por estos en Rosbach en tiempo de Federico II.

La jornada no fué decisiva; pero como la Monarquía tenía por base el ejército, pereció con él. Los Prusianos quedaron poseídos de un terror pánico: los principales jefes, y entre ellos Brunswick, fueron heridos ó muertos, y Napoleón se gozó en insultarlos en los boletines, así como en los periódicos ultrajaba el venerado nombre de la reina, que como *Armida en su delirio puso fuego á su palacio*. Á los Sajones prisioneros les habló en tono amistoso con el intento de separarlos de la alianza prusiana, y su duque, que desde Federico II había sido un satélite de la Prusia, queriendo economizar los bienes y la sangre de sus súbditos, se presentó en Posen á tratar con Napoleón, entró en la Confederación del Rhin con el título de rey, prometió dar veinte mil hombres, y ofreció conceder iguales derechos al culto católico que al luterano en el país donde este último había nacido. Diez días después de la batalla de Jena, Napoleón se establecía en Berlín en el *Sans Souci* de Federico II; sus generales persiguieron á los restos del ejército multiplicando los estragos y los hechos de armas; en Lubeck se peleó hasta en las calles, y las mujeres que patrióticamente habían excitado el valor de los Prusianos, fueron víctimas de la brutalidad de sus enemigos. Blücher, el capitán Schill y el duque de Brunswick, derrotados en los ejércitos, se hicieron jefes de guerrillas, y despertóse un nuevo valor, no por obra de los reyes, sino por la de los pueblos.

Napoleón trató al país como conquistado; condenó á Berlín á pagar 159.000.000 de francos; dividió la Prusia en cuatro departamentos á la francesa; proscribió á las familias que le eran contrarias; exigió juramento de fidelidad; declaró rebeldes á los que amasen al rey ó lo sirvieran, y dijo claramente que dentro de diez años las dinastías napoleónicas serían las mas antiguas entre las familias reinantes en Europa. Francia quedó extasiada con tantos laureles, si bien estos no le quitaron el vivísimo deseo que tenía de la paz; pero porque el Senado se atrevió á expresarlo en su mensaje de felicitación, Napoleón se irritó; dijo que era una felonía esto de interponerse entre el pensamiento del soberano y las necesidades del pueblo; que él solo comprendía lo que la Francia había menester, y que tuviera entendido el Senado que ninguna cosa podría impedirle el llevar á cabo los grandes destinos que reservaba para la nación.

Estos grandes destinos eran una guerra nueva.

Batalla de Jena, 14 de octubre, 1806.

20 de noviembre.

Rusia.

1807. Febrero.

1806. 1º de diciembre.

Rechazó la paz con Prusia; desde Berlín intimó el bloqueo de las Islas Británicas, y perpetuada la guerra, decretó en Francia un nuevo levantamiento de tropas y la movilización de la guardia nacional. Desde entónces el llanto de las madres y de las esposas debía acompañar á triunfos que eran ya exclusivamente de Napoleón, no de la nación, ni ménos de la libertad.

Quedaba aun el ejército ruso que había recibido grandes aumentos, y se hallaba libre de operar á su modo, pues estaba solo. Los pueblos y Alejandro, que se valía de la religión para excitar á las naciones á defender su independencia, habían avivado el celo religioso de aquel ejército. Napoleón, que al principio había hecho todo lo posible por atraerse la amistad de Alejandro como el único rey que le parecía digno de ella, se obstinó entónces en perderlo y le suscitó la enemistad de Turquía y de Polonia. La Turquía había ofendido á Rusia destituyendo á los hospodares de Moldavia y Valaquia sin pedir su consentimiento, lo cual irritó á Alejandro, que consideró aquel desaire como hecho á instigación de Francia, y aunque recibió satisfacción, hizo marchar un ejército que, ayudado de los Ingleses, atacó á Constantinopla. Esta capital se defendió, pero su escuadra fué quemada por los Ingleses, prontos en todas partes á destruir fuerzas marítimas.

La llegada de Napoleón á Posen había reanimado las esperanzas de los Polacos. « Este pueblo (decía en su *boletín*) ha reanimado en la desgracia sus sentimientos de amor á la patria y de nacionalidad; su pasión primera es la de volver á ser nación. Los ricos salen de sus castillos para venir á rogármelo y á ofrecermelo su influencia, su riqueza, los brazos de sus hijos. ¡Patético espectáculo! Ya en todas partes los Polacos han tomado las costumbres y el traje antiguos. »

Así, pues, aquel hombre ambicioso acarició por un momento la idea gloriosa de restablecer la nacionalidad y el reino de Polonia. Verdad es que no habría podido hacerlo sin chocar con Austria, pero sus demás actos de violencia no permiten que se elogie como una prueba de moderación el haberse abstenido de llevar á cabo este proyecto. Semejante ejemplo de justicia ¿podía lisonjear al déspota que destruía las nacionalidades? Sin embargo, conociendo el valor de los soldados polacos y esperando formar con ellos un buen ejército al servicio de su propia gloria, ó para que llamase poderosamente la atención por aquel lado á Rusia, fingió una proclama á nombre de Kosciusko, y envió oficiales polacos á sublevar el país, los cuales cumplieron su misión confiando en Napoleón que con trescientos mil hombres se adelantaba para exterminar á su enemigo, y que en efecto los lisonjeó con decir que combatiendo se mostrarán dignos de ser reconstituídos en nación.

A mediados de diciembre llevó á los soldados de Francia y de Italia á aquellos climas sin sol ni caminos, donde expuestos á oscuros padeci-

mientos, perdían sin combatir su valor y su entusiasmo. Napoleón para reanimarlos decretó la construcción en París de un panteón en honor del grande ejército, duplicó las pagas, prodigó los honores; pero los guerreros caían por todas partes enfermos; los ataques á la desbandada de los Cosacos los desalentaban cada vez mas, y los mariscales, si por un lado alimentaban la esperanza de adquirir algun reino, por otro se desconsolaban al ver que el emperador no pensaba mas que en sus propios hermanos. Á Napoleón en los cuarteles de invierno de Varsovia nada le faltaba, ni aun los amores; pero los demás se hallaban afligidos entre el hielo, el fango y el hambre. Tampoco las empresas tenían éxito favorable, pues relajado el vigor de Napoleón, faltaba la unidad de los movimientos. En la batalla de Eylau contra Benningsen (8 de febrero de 1807), perecieron mas de treinta mil hombres, matanza inútil que se verificó sobre la nieve. Ambas partes se entregaron tristemente al descanso después de la batalla; pero los enemigos comprendieron que también Napoleón podía perder, y que una derrota bastaría para derrocarlo. Lanzado á quinientas leguas de su capital, el emperador se vió obligado á pedir un nuevo reclutamiento para asegurarse, é hizo atacar á Danzick por Lefebvre, el primero á quien hizo duque, aunque de humilde nacimiento.

La batalla de Heilsberg (10 de junio de 1807) no tuvo resultado; pero cuatro días después en Friedland, con inmensa efusión de sangre y habiendo jugado considerablemente la artillería, fueron derrotados los Rusos; victoria de que se dió el honor al mariscal Víctor. Sin embargo, en los hospitales gemían mas de treinta mil heridos; de suerte que Napoleón comprendió que tenía que habérselas con otros enemigos muy distintos de los Austríacos y de los Prusianos, y entónces mostró el deseo de entrar en pactos.

Napoleón y Alejandro, el uno de treinta y ocho y el otro de veintinueve años de edad, en la cumbre de la gloria y del poder, y hechos para estimarse por ser déspotas entrambos, se reunieron á conferenciar en Tilsit (25 de junio de 1807), y rehicieron, segun su capricho, el mundo. Napoleón no se curó de los destinos de la Turquía, á la cual había conmovido, y dejó que Alejandro se fortificase en Valaquia y Moldavia. Alejandro en cambio sacrificó la Suecia que le había sido fiel; permitió á Napoleón disponer de la Pomerania Sueca, con la condición de que le dejase libre á él para conquistar la Finlandia á fin de extender su dominación sobre el Mar Negro, el Báltico y el Danubio; y en premio de todas estas adquisiciones reconoció los títulos de Napoleón y de sus satélites, y consintió en los planes del conquistador sobre la formación de un grande imperio de Occidente para este, y otro de Oriente para el mismo Alejandro, que cogieran en medio á la Alemania avasallada

Batalla de Eylau, 7 y 8 de febrero.

Batalla de Friedland, 14 de junio.

Conferencias de Tilsit, 7 y 8 de julio.

El rey de Prusia se presentó á suplicar y mas eficazmente su heróica mujer, pero viendo Hardenberg que Napoleon se complacia bajamente en aquel triunfo, exclamó: « Es implacable con los desventurados: no sabria soportar con dignidad la desventura. » Despues de haberles tenido en suspenso, manifestó al cabo Napoleon que estaba dispuesto á restituir la mitad de los Estados al rey de Prusia, pero esto solamente por las consideraciones con que miraba á Alejandro. Lo mismo que si no existiera ya, no digo la nacion, mas el rey de Prusia, y bastara la conquista para dar derecho á la posesion.

La Prusia, pues, perdía todo el territorio que media entre el Rhin y el Elba y toda la Polonia, teniendo ademas que satisfacer gravísimas contribuciones, y viéndose obligada á cerrar sus puertos á los Ingleses. Napoleon habia podido imponer á la Rusia el restablecimiento de la nacionalidad de Polonia y negociarlo con Austria, á quien traía cuenta cambiar la Galitzia por la Silesia; pero se contentó con la parte que correspondia á la Polonia en 1772, y de ella formó el ducado de Varsovia, hereditario en el rey de Sajonia y en los suyos. Un estatuto redactado por una comision de Polacos estableció en aquel país un Senado compuesto de seis obispos, seis palatinos y seis señores de castillos, con una cámara de sesenta nuncios nombrados por las pequeñas dietas de los nobles y cuarenta elegidos por las ciudades, de manera que dominaba en ella la aristocracia. Se establecieron tambien al mismo tiempo la igualdad de derechos, la abolicion de la esclavitud, y tribunales para la proteccion de las personas. Gon jirones de la Prusia y de otros Estados Germánicos se formó entónces el reino de Westfalia para Jerónimo Napoleon, en el cual se abolieron la servidumbre y los privilegios, se conservaron los diversos grados de nobleza, pero sin que diesen prerogativas para empleos ó dignidades, y se estableció que los Estados votasen los impuestos. Por lo demas, código, medidas y pesas fueron los mismos que en Francia.

Quedaban, pues, sacrificadas todas las potencias medianas á las dos grandes potencias que se habian dividido la Europa para deprimir á Inglaterra. Pero Alejandro se engrandeció con la adquisicion de la Finlandia, y Napoleon debia caer á causa de la guerra de España y de su disension con Alejandro por la reparticion del imperio otomano, de la cual se habló entónces por primera vez (1).

(1) En el inexorable panegirico de Napoleon y de la fuerza, que está publicando el señor Thiers con el título de *Histoire du Consulat et de l'Empire*, se lee al fin del libro XXVII: « Dans l'enivrement produit par la prodigieuse campagne de 1805, changer arbitrairement la face de l'Europe, et, au lieu de se borner à modifier le passé, ce qui est le plus grand triomphe accordé à la main de l'homme, vouloir le détruire; au lieu de continuer à notre profit la vieille rivalité de la Prusse et de l'Autriche, par des avantages accordés à l'une sur l'autre, arracher le sceptre germanique à l'Autriche, sans le donner à la Prusse; convertir leur antagonisme en une haine commune contre la France; créer sous

CAPÍTULO XII

Despotismo imperial. — Guerra de España. — Batalla de Wagram.

Quando Napoleon llegó á ese apogeo en que debieron detenerse sus panegiristas (1), no reconoció límites á su ambicion, que degeneró en vanidad: no se cuidó por mas tiempo de los pueblos, ni volvió á escuchar la voz de la razon, porque la obediencia habia cesado de discurrir. Despidió á Talleyrand que se inclinaba á la paz marítima, y que conociendo con su sutileza habitual adónde tendia Napoleon, osaba en un epigrama decir lo que disimulaban otros; destruyó el tribunado; cesó de ponerse en las monedas y en las fechas el título de República francesa; restableció en San Dionisio el panteon regio para sepultar á los de su estirpe; decretó la moralidad como una ceremonia y las ceremonias como deberes, y quiso arreglar, segun el nuevo fausto, hasta los amores de sus hermanas. Sin embargo, aquellas altezas improvisadas inspiraban todo lo que hay que inspirar, ménos respeto; la corte con libreas pomposas é indeclinables ceremonias y recibimientos matutinos á la antigua, se encontraba embarazada y confusa, y parecia tan ridícula á los ojos de la antigua nobleza como lo era á los del buen sentido. Napoleon hacia mala figura cuando se presentaba á lo Luis XIV, al paso que estaba bien entre la oficialidad, donde habia ménos reverencias y mas franqueza. Podia desearse un rey, pero nadie deseaba aquel lujo insultante, aquella corte numerosa que renegaba del origen popular, el cual habia formado su mas luminosa aureola.

El bofetón mas atrevido dado á los grandiosos sucudimientos de 1789 fué la creacion de mayorazgos y feudos, para la cual ofrecieron á Napoleon el medio los territorios cedidos por Austria y Prusia, y el ejemplo los doce pares de Felipe Augusto y los caballeros de la tabla redonda. Constituyó, pues, doce ducados en el territorio veneciano, vinculando en ellos una décimaquinta parte de las rentas que el reino de Italia produjese; se reservó el nombramiento de seis grandes feudos en el reino de Nápoles; á otros dió el título de sus victorias, é instituyó otros para Italia y Alemania: todo sin pedir el consentimiento de los gabinetes respectivos ni consultar á los pueblos.

Prodigábase tanta adulacion al hombre que distribuía honores, títulos, pensiones y reinos,

« le titre de Confédération du Rhin une prétendue Allemagne française, composée de princes allemands, peu reconnaissables de nos bienfaits; et après avoir rendu, par cette injuste déplacement de la limite du Rhin, la guerre avec la Prusse inévitable, guerre aussi impolitique qu'elle fut glorieuse, se laisser entraîner, par le torrent de la victoire, jusqu'aux bords de la Vistule; arrivé là, essayer la restauration de la Pologne, en ayant sur ses derrières la Prusse vaincue mais frémissante, l'Autriche secrètement implacable; tout cela, admirable comme œuvre militaire, était, comme œuvre politique, imprudent, excessif, chimérique. »

(1) Y aquí se detuvo en «lecto Bignon.

que pasaba de los límites de su deseo (1). Aquel hombre, apartando á los pueblos de las quimeras que se habian formado, queria hacerles renunciar tambien á sus derechos, y despues de haber impuesto silencio á los resentimientos, pretendia imponerlos igualmente á las opiniones: comprimiendo primero el pensamiento y la instruccion, y despues hasta las conciencias, no queria que ninguna fuerza subsistiese fuera de su círculo. Los impuestos eran gravosos á causa de la guerra y exigidos con rigor; la ley de reemplazos no respetaba afectos de ninguna especie, lanzaba á los rebeldes á los presidios con los ladrones, y ponía soldados que vivian á discrecion en las casas de los padres ó parientes que no denunciaban á los prófugos. El absolutismo disgusta y aumenta la necesidad de absolutismo. Una policia toda ojos y oídos vigilaba á los grandes y á los pequeños, y ademas de las facultades que tenia, y ademas de la institucion de tribunales especiales, podia suspenderse el régimen constitucional en departamentos enteros. « En Inglaterra, decia Napoleon, el poder es monárquico y aristocrático y está fraccionado; y así la nacion se encuentra dividida por él y necesita una oposicion. Pero aquí el pueblo me dió á mí sus poderes; *el pueblo soy yo*; él no puede tener un interes distinto del mio; y así quien me contradice ataca en mí á todo el interes público. » Al oír este lenguaje podria creerse que el fruto de tan grandes movimientos habia perecido; pero no perecen las obras del tiempo y de la libertad.

Napoleon mismo conocia que su reino era pasajero si en la libertad no se apoyaba, y pensaba por lo tanto robustecerlo haciendo reyes á sus parientes (2); pero se engañó en moral no ménos que en política. Habia puesto á José en Nápoles y á Jerónimo en Westfalia, haciéndole casarse con una princesa de Wurtemberg; y para asegurar la obediencia de Holanda, importantísima por hallarse expuesta á las invasiones inglesas, le dió por rey á su hermano Luis. Este tenia veintiocho años y Jerónimo veintidos, y ambos ignoraban la índole de sus pueblos y el arte de gobernar; ¿pero qué importaba á Napoleon con tal que se conservasen en el trono esa especie de bajás súbditos suyos (3)? Tenía los ligados al imperio por medio de las grandes dignidades; José era gran elector y Luis condestable; pero no pudo impedir que abrazasen los intereses de las naciones cuyos tronos les

(1) « Quelle monstruosité pour eux! quel renversement de tous leurs principes! Que de choses! Que de choses extraordinaires j'ai fait faire! et pourtant rien de tout cela n'était commandé, pas même aperçu! » — *Mém. de Sainte-Hélène*.

(2) « Je sentais mon isolement; je jetais de tous côtés des ancre de salut au fond de la mer. Quels appuis plus naturels pour moi que mes proches? Pouvais-je mieux attendre de la part des étrangers? » *Ibid.*

(3) « Je n'ai pas eu le bonheur de Gengis-kan avec ses quatre fils, qui ne connaissaient d'autre rivalité que celle de le bien servir. Moi, nommais-je un roi? il se croyait tout assis par la grâce de Dieu: tant le mot est épidémique! Ce n'était plus un lieutenant sur lequel je devais me reposer, c'était un ennemi de plus, dont je devais m'occuper. » *Ibid.*

daba, intereses que con frecuencia estaban en contradiccion con los de aquel que pretendia usufructuar sus dominios. En el reino de Italia, ademas de los grandes feudos y del tributo de los 30.000.000, se reservó sobre el Monte una renta anual de 1.200.000 francos para los generales y oficiales beneméritos; otro millon sacaba de Nápoles con este objeto, y despues con el sistema continental arruinó este país y todavía mas la Holanda, que no vive sino del comercio, de manera que Luis no queriendo prestarse á los arbitrarios despojos de los generales franceses, pensó en oponerles resistencia, y luego conociendo su nulidad, cayó en el mayor desaliento. Por su parte la Alemania rechazaba tambien el nuevo orden de cosas, tanto mas cuanto que Napoleon imponía á sus vasallos los principes del Rhin tales condiciones, que convertian en tiránicos aquellos gobiernos un tiempo paternales.

Despues de los grandes golpes de Austerlitz y de Jena solo le quedaba frente á frente la Inglaterra. El primer objeto de su política era abatirla, y sin embargo jamas la estudió; no conocia aquella constitucion, aquella aristocracia, aquella libertad, aquel sistema militar y económico, aquellos parlamentos. Prodigaba contra ella los insultos de *pérfida Albion, nacion de mercachifles* y otros retóricos vituperios por este estilo, y como parte de la adulacion los exigia tambien de sus propios panegiristas. No acostumbrado mas que á las alabanzas, las quejas de la oposicion en aquel parlamento y el tumulto de los *meetings* le parecian precursores de trastornos; no conociendo aquellos manejos, creía sinceras las peticiones de paz y despreciaba al gobierno y á los soldados ingleses, con los cuales jamas se habia hallado frente á frente sino en Tolon. Ignorando ademas la teoría del crédito, juzgaba á la Inglaterra abismada; pero los enormes empréstitos que el gobierno inglés contraía se fundaban sobre el crédito; los subsidios que daba á las potencias extranjeras fomentaban la fabricacion y volvian á entrar en el país en cambio de géneros, al paso que Francia tenia que llevar dinero á todas partes y carecia de objetos que trocar por él (1).

Inglaterra por el contrario, confiada en sí misma, estudió á fondo á su enemigo. No se lanzó á la guerra sino apoyada por buenos aliados, sobre los cuales caían los primeros golpes; no entraba en campaña sino con ejércitos escogidos por lo poco numerosos, voluntarios y de portentosa disciplina. Sus generales, que debian dar cuenta á la nacion de los padecimientos del soldado, se retiraban sin sacrificio de su amor propio, con tal que su retirada pudiese prepararles una victoria ó ahorrar desastres inútiles; y si vencian, sabian que les aguardaba por premio el entrar en la orgullosa aristocracia: concierto singular de heroísmo y de espi-

(1) Tambien en Santa Elena decia: « La pauvre constitution anglaise est gravement compromise aujourd'hui. »